

*Reflexiones en torno a la creación de una novela*

# Los motivos del robo

Sealtiel Alatraste

*El melodrama, las mitologías populares, el sentido del humor, caracterizan la obra de Sealtiel Alatraste. En este texto el autor de Conjura en La Arcadia hace una reflexión en torno a las motivaciones que lo llevaron a escribir su novela más reciente, Besos pintados de carmín, editada por Alfaguara.*

Supongo que pocos escritores saben de dónde sacan la novela que están escribiendo, pues por lo general una serie de causas fortuitas se han unido, sin que ellos sepan cómo ha sucedido, y de repente se encuentran contando una anécdota que aparentemente se les vino a la cabeza sin razón alguna. José Saramago, por ejemplo, dice que un día cruzaba una calle del centro de Lisboa, de casualidad levantó la vista hacia el kiosco de la esquina y leyó un titular insólito: *El evangelio según Jesucristo*. Cuando se acercó se dio cuenta de que el periódico informaba otras cosas, pero desde ese momento no tuvo cabeza más que para escribir una novela con ese título. Orhan Pamuk confiesa que a pesar de que sabe que lo único que puede escribir son novelas, no es del todo consciente de cómo surge en su interior.

Una novela, comentó al recibir el premio que le otorgó la revista *World Literature*, se escribe con entusiasmo, rabia, y deseo... Nos dirigen de forma expresa u oculta muchas razones, intereses particulares u obsesiones personales tan incomprensibles o tontas como gustar a quienes queremos, humillar a quienes nos irritan, hablar de algo que nos gusta mucho, el placer de aparentar que sabemos de algo que ignoramos, el gozo de recordar u olvidar, el afán de ser leído... Y siempre hay sueños que nos gustaría mencionar

siguiendo esos impulsos. No sabemos exactamente qué son esos impulsos o sueños que nos ponen en marcha, pero al escribir queremos que nos muevan como una brisa que ignoramos desde dónde sopla... Escribir novelas es estar abierto a esos impulsos, vientos, momentos de inspiración, lugares oscuros de la mente.

Puedo imaginar que cuando Saramago leyó aquel falso titular que le arrebató la mirada, a pesar de que es un ateo irredento, sintió ese impulso de penetrar en la vida de Jesucristo, y la brisa de la que habla Pamuk se convirtió en un ventarrón que lo mantuvo encerrado en su habitación, descifrando aquel mundo que surgía dentro de él mientras llenaba páginas y más páginas.

Traigo esto a colación a propósito de la publicación de mi novela *Besos pintados de carmín*, pues desde que la empecé a escribir me sentí impulsado por uno de esos momentos inescrutables, y desde ese primer momento tuve el deseo de desentrañar los motivos que me habían sumido en el mundo fantástico en el cual transcurre la anécdota. Seguramente se me ocurrió pocos meses después de la muerte de mamá, aunque desde la remota madrugada de su deceso, hace más de veinte años, tuve la certeza de que tenía que comprender todo lo que me había sucedido, y como escribir es el único medio que tengo

a mi alcance para descifrar el mundo, supe que alguna vez escribiría un relato, un artículo, una reflexión, de los últimos días de su vida y lo que había sucedido con mi familia durante el doloroso duelo. Años después registré con paciencia de miniaturista los nueve meses de su enfermedad y el desenlace fatal en una novela sin ficción: *Los desiertos del alma*. Quizá mi primera intención era comprender quién había sido mamá, al menos quién fue para mí, por qué la había amado tanto, y qué significaba, o qué me había dejado el largo proceso de la enfermedad que la llevó a la tumba. Si bien es cierto que en el relato consigné el dolor de mi padre, también lo es que dejé de lado muchas experiencias que no cabían en la anécdota que me había propuesto narrar, y reseré para más tarde algunos episodios que le sucedieron particularmente a él, en especial uno que ocurrió a los dos o tres meses del entierro, que dio pie a la aventura con que se inicia *Besos pintados de carmín*, y que muestra la angustia en que papá se sumió cuando se encontró inapelablemente viudo.

Resulta que la mañana de un sábado me llamó por teléfono muy angustiado. “Acompáñame al cementerio”, me pidió, “tuve un sueño horrible y tengo que ver a tu madre”. La palabra “ver” me sorprendió pero no me extrañó del todo: de alguna manera él seguía viendo a mi madre con frecuencia (de hecho, creo que hasta el día de hoy la sigue viendo). “¿Qué te pasó papá?”, le pregunté. “Soñé con tu padrino Gregorio”, me dijo. “¿Y eso qué?”, respondí. “¿Cómo que qué? Gregorio está muerto y creo que ahora que no estoy con Mireyita (mi mamá se llamaba Mireya), se va a aprovechar de la circunstancia de encontrarla en el más allá para intentar seducirla”. Me quedé frío y no supe qué podía decirle: papá se estaba

muriendo de celos, es más, creo que quería morirse de hecho para poder evitar que Gregorio —su compadre, mi padrino, su ex socio— cortejara a mi madre. No sé qué consideraciones le inspiraban la muerte de su esposa, o dónde creía que se encontraba, pero supe que para él, el más allá era un sitio donde los seres siguen padeciendo las mismas pasiones, placeres y dolores que los aquejaron en vida. Con el tiempo lo he comprendido, muchas veces yo mismo he soñado con mi madre, y en alguna ocasión me he preguntado, y le he preguntado a ella, cómo podemos platicar si está muerta. De alguna manera, aunque no crea en nada que esté más allá de esta vida, algo me hace creer, sentir, columbrar, que mamá se encuentra —que vive todavía— en algún lado. Empero, aquella mañana en que llamé mi padre tuve la impronta de enojarme con él, decirle que cómo era posible que todavía tuviera celos de mi madre, por si no se había dado cuenta, había muerto en circunstancias lamentables y no era justo que siguiera celándola. “Hay que dejar que los muertos descansen en paz”, iba a comentar, pero preferí escuchar el relato completo de sus angustias, y hora y media después estábamos en el panteón, conversando junto a la tumba donde habíamos enterrado a mamá.

Mientras limpiábamos la lápida y mi padre se lamentaba de no ir más seguido, me comentó que Gregorio había sido un canalla. Hasta ahí, nada nuevo, yo ya sabía de esa característica, llamémosla caracterológica, de mi padrino, y como no dije nada, él agregó que el hijo de la tal por cual siempre había querido enamorar a mi mamá. Mi padre es muy propio para hablar, tiene una lengua anclada en los años cincuenta, ha sido impermeable a los usos del *slang* posteriores a su juventud, y es incapaz de decir frente a mí una mala palabra. Por enamorar entendía tanto seducir, conquistar a mi madre, llevársela a la cama, cogérsela en una palabra, tanto como obligarla a que traicionara a su marido y mancillara a su familia. La sombra del melodrama que siempre me ha rodeado estaba ahí, en el miedo, en los celos, en el gesto descompuesto del rostro de mi pobre padre. Había perdido la proporción y lo único que quería era rescatar a su mujer de la muerte, tenerla junto a sí y protegerla de Gregorio como seguramente lo había hecho en vida. Me contó entonces que una vez, en la puerta de mi casa, el malandrín (o sea mi padrino) le había confesado su pasión por su mujer, y le había insinuado que él no le era indiferente a mamá. “Estuve a punto de partirla toda su madre”, dijo papá con un tono contrariado. “Estoy seguro de que no me hubiera durado ni un minuto antes de noquearlo. No lo hice por respeto a tu mamá, para que ella no pensara que había creído los infundios del canalla”. Estaba de veras enojado y creía a pie juntillas que sus temores provenían de la realidad, *de su realidad* algo estaba pasando en el más allá y él estaba incapacitado para evitar la catástrofe. Supongo que conversamos



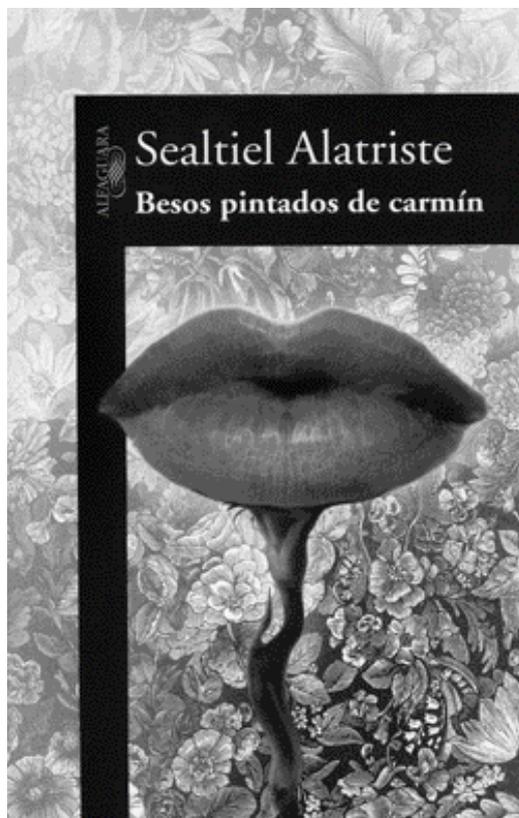
Paseo de Gracia, Barcelona

algo más, que traté de convencerlo de que todo era una locura, y me pregunté si era posible que papá intentara, por algún medio, entrar en contacto con su difunta esposa para ver si sus celos tenían algún fundamento, pero sólo me quedó la impresión de su angustia.

Tiempo después se me ocurrió que a partir de ese supuesto podría construir una novela. Escribí en un cuaderno cómo podría iniciarse el relato, y lo guardé para cuando tuviera tiempo de hincarle el diente a la posible novela de un hombre que, por celos, decide recurrir a un médium para contactar al espíritu de su difunta esposa. Recién había visto *Alice*, la película de Woody Allen, en la que un chino le da a la protagonista un té que le permite entrar en contacto con los muertos y hacerse invisible. No sólo decidí robarme el personaje de Allen, sino contar la novela en el mismo tono del filme. Intuí que no había otra forma de enfrentarme al dolor que había sufrido mi padre sino con humor. Como ya me había pasado otras veces, barruntaba que la comedia se ha convertido en la puerta de acceso a la tragedia, de otra forma, sin humor, es fácil caer en el melodrama, lo que le sirve de coartada al lector para escamotear el sufrimiento. Como digo, quedé satisfecho de las tres o cuatro páginas que escribí, guardé el cuaderno, y aunque leía la anécdota de vez en cuando y encontraba nuevas posibilidades para el relato, la urgencia de escribir otras novelas hizo que el cuaderno quedara relegado en algún cajón.

Cuando me fui a vivir a Barcelona tenía la intención de ponerme al día con mis ideas narrativas. Primero iba a terminar *Conjura en la Arcadia* (novela en la que había trabajado infructuosamente doce años), y después escribiría el relato de los celos ultraterrenos de mi padre. En los días previos al viaje removí todos mis papeles en busca del cuaderno donde había consignado la hebra del relato, pero nunca lo encontré. Volteamos la casa de revés, pero para mi contrariedad nunca apareció por ningún lado. Me encontré con cuentos que escribí en mi adolescencia, con cartas perdidas en que señalaba algún episodio interesante, apuntes de muchas cosas, aunque nunca hallé el relato que buscaba. Me pesó emprender el viaje sin mis notas, pero no hubo más remedio, mi viejo cuaderno se debía haber ido en las cajas que mandé a la bodega.

Terminé *Conjura en la Arcadia* durante los primeros años de mi estancia en Barcelona, y aunque sabía que una vez que la finalizara querría empezar la novela de los celos de papá, no tenía más que un difuso recuerdo de lo que había anotado. Recordaba que mi primera intención era que sucediera en el Edificio Condesa, que el personaje central se iba a llamar Cástulo Batalla, y que aparecería un chino misterioso inspirado en el personaje de Woody Allen, pero nada más, el resto —el ambiente, lo que haría el o los fantasmas, qué iba a pasar después de que convocaran a la difunta— era parte de un mundo difuso que me atraía y me amedrentaba al propio tiempo.



Quizá tenga que hacer una pequeña aclaración del origen del nombre del protagonista antes de contar cómo reconstruí el plan narrativo. En principio se llama Cástulo en honor de un antepasado que fue gobernador de Puebla, el general Miguel Cástulo de Alatryste, y su apellido, Batalla, proviene de la familia materna de mi papá. Con este nombre hacía un doble guiño: reconocía que papá me había sugerido la trama, y daba una idea del conflicto del personaje, pues la novela describe la constante batalla que Cástulo libra con su sensualidad —o posible castidad— durante los primeros meses de su viudez. El protagonista de *Besos...*, más que mi padre, es un hombre que vive en lucha permanente con los sentimientos que le inspira su erotismo: por cualquier asunto sufre de celos, las mujeres lo atraen de tal manera que tiene un hambre desmedida de seducción aunque mantenga viva una devoción casi sagrada por el recuerdo de su mujer. Es, en fin, un Don Juan del tipo trágico (como lo califica el narrador) cuyas aventuras ocurren de tal manera, que una comicidad un tanto involuntaria está siempre presente.

Con esta perspectiva me puse a escribir la novela. Cástulo Batalla se presenta en casa de su amigo, Felipe Salcedo, y le cuenta que ha soñado con Gregorio, que era su compadre y con quien en su juventud compitió por los favores de Edelmira, su difunta esposa. Felipe le dice que eso qué tiene que ver con su desasosiego, y Cástulo

agrega que el fantasma de marras usó su sueño para decirle que le hacía una fiesta de bienvenida o despedida, no se acuerda bien, a su mujer. De las palabras de Gregorio se desprende que el cielo —la gloria, el más allá, como se le quiera llamar— está formado por una serie de instancias, y las almas van pasando de una a otra según ascienden en el escalafón divino. Cástulo está seguro de que el canalla de Gregorio va a aprovechar la situación para seducir a Edelmira. Felipe piensa (como pensaría cualquiera) que Cástulo enloqueció, pero aun así le pregunta qué quiere hacer al respecto. Éste (a quien también se le conoce simplemente como B. porque la inicial de su apellido oculta la contradicción implícita entre su nombre y apellido), le pide que lo acompañe a ver al chino Lee, quien tiene fama de poner en contacto a los deudos con sus seres queridos. Sin más ni más, van a visitar al misterioso oriental. No voy a contar aquí lo que sucede en esas primeras páginas, pero no se pierde nada si adelante que el chino atiende la petición de Cástulo y Felipe, los hace fumar el opio que les proporciona su asistente, y se meten juntos a un armario laqueado, cubierto con dibujos inspirados en las famosas cajas chinas. Al poco, escuchan la voz de Edelmira que les cuenta cómo es la vida cotidiana en el más allá, y B. aprovecha para preguntarle si está enredada con Gregorio. Edelmira, o su voz, denota el enfado que la pregunta le provoca, y reclama que Cástulo no haya entendido nada. “¿Pero estás enredada o no con mi compadre?”, insiste en preguntar B. “No... noo... nooo...”, repite Edelmira mientras su voz va extinguiéndose. ¿No estaba enredada con Gregorio, o ese larguísimo no, como si fuera de letra de un bolero de Armando Manzanero, se refería a que B. no había entendido nada? Nadie lo sabe, pero antes de perder contacto con el espíritu de la difunta, Cástulo abre la puerta del armario. El chino grita, Felipe no sabe qué hacer, el fognazo de la luz exterior los ciega, pero es inútil: a través de la puerta abierta, el alma, el espíritu de Edelmira, se ha escapado para vagar por el mundo ancho y ajeno. Las cosas no se pueden quedar así, advierte Lee, y todos —él mismo, Cástulo, Felipe, y su asistente, quien presencié la fuga de Edelmira— son responsables de traer de regreso al fantasma fugado para que regrese al más allá. Le proporciona a Cástulo un sobre con el té que le permitirá ver a su mujer. Nadie más la debe ver, comenta solemnemente, pues podría resultar fatal para el estado de su espíritu.

Mientras terminaba de escribir esas primeras páginas supe que *Besos pintados de carmín* contaría las peripecias de Cástulo Batalla por convencer al fantasma de su esposa para que regresara al armario del chino, que estaría obligado a explicarle que en el año y medio que llevaba viudo se había enredado sentimentalmente con dos mujeres, con quienes sostenía un tórrido romance a dos voces: con una amiga de Edelmira, Carmelita Zamacona Vda. de

Roca, y con una colegiala de veinticinco años a quien conoció de casualidad y que responde al nombre de Elizabeth Littlewood, a quien todo mundo llama Liz de cariño, pero en realidad me encontraba en el umbral de una trama de la que desconocía casi todo.

Mis problemas narrativos empezaron en ese momento, pues si tenía claro los motivos de Cástulo no tenía la menor idea de quién era Edelmira y cómo iba a comportarse *en este mundo*. El modelo de mi madre no me servía, ya había contado su vida en otra novela, me había servido de su personalidad para hacer muchas reflexiones, y estaba obligado por lo tanto a inventar a esa mujer misteriosa que hacía enloquecer a su marido aunque fuera incapaz de quitarle lo mujeriego. No tuve otra alternativa que hacerme varias preguntas para avanzar por los vericuetos que planteaba *Besos...*: ¿fue ella, Edelmira, quien de alguna manera había provocado su regreso?, ¿era posible que de verdad mantuviera relaciones *post mortem* con el tal Gregorio? Si para verla B. tenía que beber el té que le proporcionó Lee, ¿dónde permanecía ella el resto del tiempo?, ¿habría un lugar donde se juntan las almas que vagan por este mundo? Me percaté de que me era posible imaginar el más allá desde este presente, pero que tenía que inventar la forma en que se observa y se juzga el presente desde ese más allá desde el que Edelmira se manifiesta en el armario del chino. Fue de esta manera que, si bien Cástulo Batalla y Felipe Salcedo son las figuras centrales del inicio del relato, poco a poco Edelmira Pajares, el espíritu fugado de Edelmira Pajares, se adueñó de la novela entera.

Por alguna razón nunca tuve duda de que el escenario de *Besos pintados de carmín* tenía que ser el Edificio Condesa, no porque hubiera vivido ahí, ni siquiera porque algo o alguien me ligara a su comunidad, sino porque siempre tuve la idea —cuyo origen puede ser real o imaginario— de que ahí habita un conglomerado que podría llamarse cosmopolita, o al menos variopinto, con muchas posibilidades literarias. Esta impresión fue quizás el germen que me llevó a construir la ciudad fantasmal en que viven los personajes de la novela. El Edificio Condesa —el de mi imaginación, aunque tal vez también el real— es un sitio habitado por espíritus, en el que, por ejemplo, un grupo de republicanos españoles se reúnen en torno a una mesa espiritista para contarle a sus compañeros caídos en la Guerra Civil, los descalabros del general Franco. Yo veía cómo Cástulo Batalla se aliaba a esos republicanos en un complot espiritista que se parecía al que llevó a cabo Francisco Madero cuando convocaba al espíritu de su difunto hermano para consultarlo sobre los avatares de la Revolución Mexicana y tomar las decisiones adecuadas (que como la historia ha registrado, fueron precisamente las inadecuadas). El caso es que si mi Edificio Condesa era ese sitio mágico, ¿no debería ser la ciudad en donde estuviera ubicado igualmente etérea?, ¿a pesar de que ese



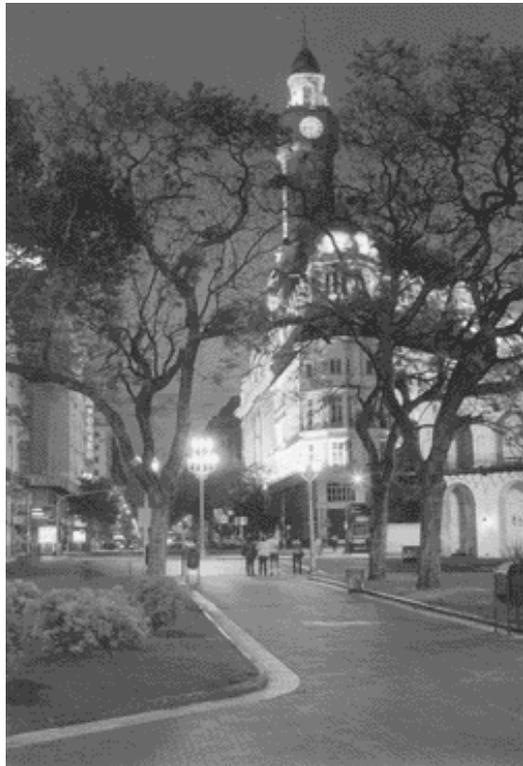
Edificio Casas Jardines, Ciudad de México

sitio fantasmal está ubicado en México, el de la novela también debería estarlo?

Es muy probable que desde siempre haya querido habitar en el sitio imaginario que mis viajes han construido en sueños. He sido un viajero incansable, y mi trabajo me ha llevado de una ciudad a otra de América Latina. Muchas veces, cuando alguien me pregunta dónde nació porque no logra percibir el origen de mi acento, me siento más que halagado, pues parece que he logrado hablar en un español que se nutre tanto de giros mexicanos como argentinos, centroamericanos, colombianos, con cierta huella catalana que me dejaron los seis años de mi estancia barcelonesa. De no ser porque con más frecuencia de la que quisiera se me escapa un “mande usted”, pocos sabrían que nació en México. Lo cierto es que al regresar de esos viajes siento que habito en una ciudad que las mezcla todas, que en mi imaginación puedo pasar del viejo San Juan de Letrán de la Ciudad de México, a la calle Maipú de Buenos Aires donde vivía Jorge Luis Borges; o que tras el Parque Hundido del Distrito Federal está la pequeña ruina romana de la calle Mandri de Barcelona que una tarde visité con mi nieta Natalia. Alguna vez, incluso, subiendo al Teide en la isla de Tenerife, imaginé que el mar Caribe empezaba en las costas que se extendían frente a mi mirada, que se prolongaba hasta llegar al *Ocean Drive* de Miami, descendía por las costas de Veracruz, atravesaba la playa de Varadero, y bajaba, enriquecido con las aguas del río Magdalena, bordeando la gran Colombia, para descansar finalmente en las aguas

heladas de la Patagonia. En la cima de ese volcán mítico de las Canarias supe que ésa era la América Latina que la literatura había forjado en mi alma, y que al centro de mi mar Caribe podía crear una península donde transcurriera *Besos pintados de carmín*. De ahí a llamar la ciudad donde Cástulo Batalla convoca el espíritu de su esposa, Santomás, había sólo un paso.

El lector estará sospechando que a pesar de esta justificación, como en el caso de la anécdota robada a mi padre, mi ciudad también estuvo hurtada de algún lado, y tiene toda la razón. Si algún autor influyó en mí para tener esta visión fue Julio Cortázar. Ahora hay un cierto desprecio por su literatura y los lectores jóvenes niegan la originalidad de sus novelas, pero mi generación las leyó como si ahí se escondiera la cifra del mundo, o mejor, como si sus páginas descifrasen las entretelas de un mundo nuevo. Gonzalo Celorio dice que después de leer *Rayuela* se sentía como un calcetín que alguien hubiera volteado de revés, y que en vez de las ordenadas grecas lo que mostraba eran los hilachos de cada costura. Si esto resulta cierto con respecto a muchas de nuestras experiencias (el capítulo de la muerte de Rocamadur, por ejemplo, puso al descubierto que sin el melodrama habíamos perdido los asideros para enfrentar la muerte), la ciudad que Cortázar nos mostraba era deslumbrante. Si en *Rayuela* hay dos espacios —el lado de allá, París, y el de acá, Buenos Aires— en *El otro cielo*, el cuento que cierra *Todos los fuegos el fuego*, había una Galería —llamada Pasaje Güemes— que comunicaba directamente a



Torre de la Legislatura de la Ciudad, Buenos Aires

Buenos Aires con París. Bastaba cruzarla para salir a un barrio de putas parisino, y el personaje del relato podía sostener amores con una prostituta francesa mientras planeaba casarse con su novia en un Buenos Aires soporífico.

No sé qué fue primero, si la noción de ciudad sin límites que forjé en mis viajes, o esa mezcla fantasmal de París y Buenos Aires que había llevado a cabo Cortázar, el caso es que cuando apareció *62, modelo para armar* creí a pie juntillas que la Ciudad en la que transcurre la novela no sólo era una ciudad real, sino la ciudad por antonomasia de cualquier novela. Era tan real como el San Petersburgo de Dostoievski, la Santa María de Juan Carlos Onetti, o la Roma de Alberto Moravia. Tan real como el Macondo que nos acababa de descubrir Gabriel García Márquez en sus *Cien años de soledad*. Era ésa, sin duda, no sólo la ciudad en la que yo vivía imaginariamente, sino la que necesitaba para que pudieran convivir los muertos y los vivos de *Besos pintados de carmín*. Mi Edificio Condesa iba a estar ubicado en la ciudad de *62 modelo para armar* que recorrí de la mano del Gran Cronopio. Es un hurto, lo sé, un robo a mansalva, pero que hice con cariño y admiración por Cortázar.

Santomás, sin embargo, no mezcla a París con Buenos Aires, sino a la Ciudad de México con la gran urbe fundada a la vera del Río de la Plata. Soy un ciudadano empedernido y he podido vivir en dos de las tres ciudades que más amo, México y Barcelona. Alguna vez quise trasladarme a Buenos Aires, pero desde la primera vez que la

visité me di cuenta de que llevaba muchos años viviendo en ella. Borges, Cortázar, Marechal, Santiago Dabove, Bioy Casares, Sabato, Mujica Láinez, Silvina Bullrich me habían permitido recorrer sus calles, habitar sus barrios, y desde el momento en que me bajé del avión en Ezeiza comprobé que podría pasear sin ningún problema por Palermo y Recoleta, ir en tren a San Isidro, pasar el fin de semana en el Tigre, tomar el subte en Plaza de Mayo, recorrer como si lo hubiera hecho desde siempre los cines de la calle Lavalle, y aun, estar al tanto de que a Charcas le habían cambiado el nombre por el de Marcelo T. Alvear. Buenos Aires era mi ciudad porque había pasado años leyendo narraciones argentinas, y aceptaba que, tal como lo afirma un personaje de Borges, que el sur comienza en Rivadavia.

Dice el narrador de *Besos...* que aunque Santomás es una ciudad que, como diría el Santo del que toma su nombre, hay que tocarla para crearla, sería más propio decir que para tocarla hay primero que crearla. Es una ciudad de un pequeño país sin nombre ubicado en una incierta península del mar Caribe. Una ciudad cuyo nombre, como descubre el chino Lee, quiere decir unión de anhelos, a donde la gente llega convencida de que ahí realizará sus ilusiones. Para mí significó la posibilidad de traer a colación —robarme, para ser precisos— personajes de otras novelas: la sofisticada Phuong (la incondicional amante que aparece en *El americano imposible*), Nora García (*alter ego* de mi maestra Margo Glantz, y narradora de varias de sus novelas), e incluso convertir en personajes a amigos muy queridos como José Navarro, el gran pintor catalán, con quien compartí tantos buenos momentos en Barcelona. Pude, inclusive, proporcionar un nuevo territorio a los lugares de mi memoria: en Santomás está el Edificio Condesa, el cine Bella Época, el Pasaje Güemes, la Plaza de San Telmo, y la fuente de la Cibeles que los Reyes de España llevaron de regalo. Ahí mismo, uno de los personajes pudo comprobar que en el triángulo mágico que se forma en el nacimiento de los muslos de una mujer extraordinaria, el sitio exacto donde su carne se repliega bajo su sexo, surge el Aleph que alguna vez estuvo en la casa de Beatriz Viterbo.

¿He contado lo que sucede en *Besos pintados de carmín*? No, apenas he anunciado el hilo que anuda las diversas anécdotas y el espacio que hace posible que un par de fantasmas se introduzcan en la vida cotidiana de Cástulo, Felipe, el chino Lee, Carmelita, Liz, y la enigmática Phuong. Como todo en la literatura fantástica, de repente se abre un hueco en la realidad y por ahí se cuela lo inconcebible para hacernos comprender ciertas verdades incomprensibles. No soy yo quien juzgue si logré mi propósito, será el posible lector quien lo decida, pero me gustaría decir, para concluir esta nota, que muchas cosas que suceden en la novela me dejaron sorprendido y que aún ahora que ha sido publicada siguen intrigándome. [U]